

# DANZA Y TECNOLOGÍA

## Coreografiar y expresar ideas a través de la danza

Por Gonzalo Preciado Azanza



Fig. 1. Elaboración propia. Jolanta Lubeja, bailarina principal del Ballet Nacional de Letonia, mostrando los seis principios básicos del movimiento (Coates y Demers, 2019)

La danza es un lenguaje universal en el que no son necesarias las palabras para comunicarse. Aunque la RAE define bailar como “ejecutar movimientos acompañados con el cuerpo, brazos y pies”, la danza representa mucho más que eso. Es una disciplina artística que nos permite expresar emociones, ideas y pensamientos a través del movimiento de nuestro cuerpo. Por ello, aunque las nuevas tecnologías hayan abierto un amplio abanico de posibilidades, existen cinco elementos que todo coreógrafo sigue utilizando: el concepto, la música, la estructura coreográfica, el movimiento y la estética. No obstante, no existe ninguna fórmula mágica que nos diga cómo hacer la coreografía perfecta, sino que tenemos que investigar hasta encontrar lo que buscábamos —y a veces incluso mejor de lo que nos imaginábamos—. Además, no debemos olvidar que la creación artística produce una profunda satisfacción. Es “gratificante y alimenta el optimismo”, cómo expresa Will Gompertz en su libro *Piensa como un artista* (2015).

En primer lugar, se encuentra el concepto —o idea inicial— proveniente de cualquier entorno que nos inspire. De hecho, la creatividad se produce entre la interac-

ción de los pensamientos de una persona con su contexto. Para ello, uno tiene que “haber interiorizado la construcción de imágenes y esquemas de la sociedad en la que vive”, cómo indicaba Mihály Csíkszentmihályi en su estudio *Creatividad: El flujo y la psicología del descubrimiento y la invención* (1998). Al fin y al cabo, todos llevamos a un artista dentro y solo tenemos que encontrar el modo de sacarlo a la luz. Cualquier idea puede ser buena para coreografiar, siempre y cuando el motivo elegido sea reconocible para el espectador y represente un tema completo —cuya estructura se componga de introducción, nudo y desenlace— para desarrollarlo a través de los movimientos que se elijan.

Seguidamente, la música juega un papel esencial. A veces, es la fuente de inspiración del creador, pero también puede suceder a la inversa cuando la música se crea al servicio de una idea —como sucede en la banda sonora de una película—. En este caso, contamos con diversos software como Ableton live, Logic Pro X o GarageBand, que nos permiten crearla por nosotros mismos. La elección de la música es una cuestión muy personal y también muy subjetiva, ya que lo que a un espectador o un crítico puede gustarle a otro puede



Fig. 2. Agnes Izrine. Instantes de la puesta en escena de *La novena sinfonía*. 2014 (Béjart Ballet Lausanne)

horrizarle. Existe una tendencia generalizada de utilizar música clásica, dejando de lado otros estilos más actuales. Sin embargo, prácticamente cualquier música es válida, siempre y cuando sea coherente con el concepto inicial y con el desarrollo coreográfico posterior para que el público comprenda y apruebe nuestra elección.

A continuación, la elaboración de la estructura coreográfica es un paso muy importante. Marius Petipa es quién mejor ha sabido realizar este proceso a través del *Grand Pas d'action*. Su modelo está compuesto por una entrada inicial, el adagio, los diferentes octetos, cuartetos, duetos o solos —en orden ascendente según la jerarquía de los personajes— y, por último, la coda. En el ballet moderno y en la danza contemporánea, esta estructura se ha modificado considerablemente llegando a ser prácticamente infinita. Aunque siempre tiene que seguir una lógica. También es imprescindible que la obra tenga un clímax. No obstante, no tiene que estar necesariamente al final. Rita Spalva explica en el libro *Dejas kompozīcija* (2018) cómo puede haber hasta siete tipologías diferentes: ascendente, descendente, con una culminación intermedia e incluso con varios clímax. Pero lo importante es que no sea una pieza monótona y sin contrastes que aburra al espectador. Por lo tanto, la elección de la música determina en gran medida el clímax coreográfico.

En la danza, el medio de expresión principal es el movimiento. En este aspecto, hay que mencionar el reciente estudio *Physics and Dance* (2019) de Emily Coates —exbailarina del New York City Ballet y física de par-

tículas del CERN— y Sarah Demers, en donde indican los seis principios básicos del movimiento (Fig. 1). Tanto en la gravedad como en la fuerza es muy importante aplicar las tres leyes de Newton, el movimiento y la fricción han de prestar atención a la resistencia de la fuerza de rozamiento, mientras que la inercia es fundamental para el giro y el momentum. Este último está muy relacionado con el clímax, ya que el propio movimiento del bailarín puede generar pequeños momentums, que dotan a la coreografía de un dinamismo muy presente en la forma de bailar actual.

Por último, la estética es un aspecto muy subjetivo, pero esencial, para que la obra de un coreógrafo trascienda. Maurice Béjart, apodado el filósofo de la danza, es probablemente uno de los pocos creadores que han alcanzado una unanimidad de la crítica —a través de piezas como *La novena sinfonía* o *Bolero*—, influenciando notablemente en el devenir de la danza en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI. En la actualidad, el arte suele estar basado en crear un concepto efímero, no una obra de arte en sí misma. Se busca la provocación y la protesta para hacerse notar. Sin embargo, animo a los creadores que vayan más allá y busquen crear formas lo más bellas posibles. Aunque la percepción de la belleza es totalmente subjetiva, “a todos nos atrae lo bello en la naturaleza y agradecemos a los artistas que lo recojan en sus obras”, como dijo Ernst Gombrich en *The Story of Art* (1950). Además, tampoco hay que perder de vista que el proceso coreográfico es dinámico. Muchas veces nos conducirá al fracaso hasta que eventualmente daremos con la clave que nos permitirá obtener la coreografía deseada.